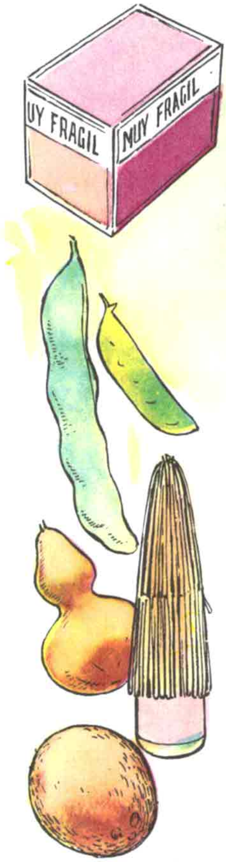
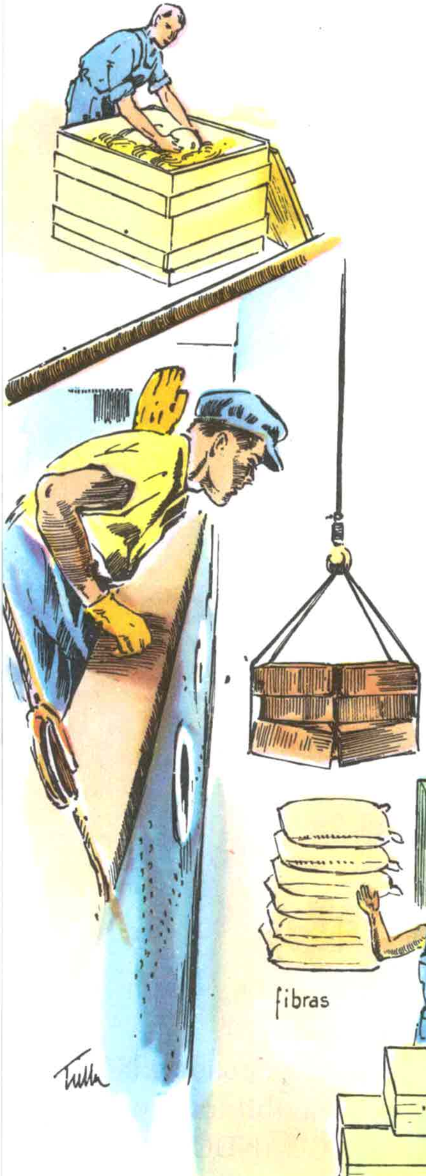


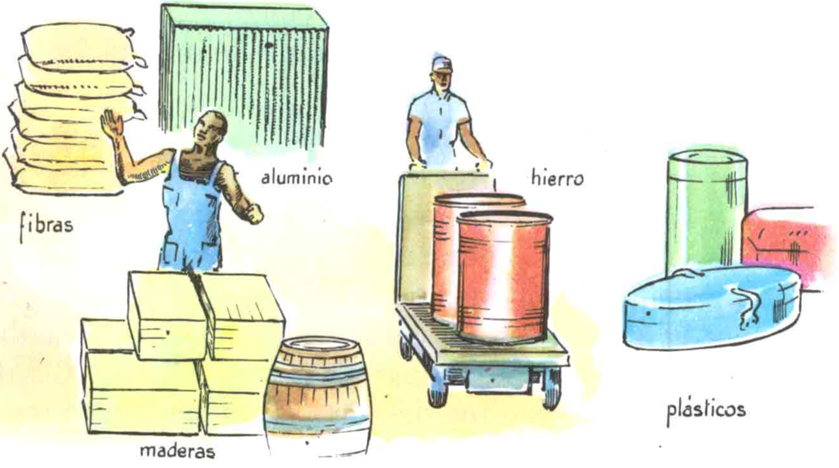
Embalajes y hospedajes

El hombre, que se vanagloria de ser el rey de la creación, ha resuelto y trata de resolver muchas cosas con el ingenio e inteligencia con que le dotó el Sumo Hacedor.

Sin embargo, hay seres inferiores capaces de obras gigantescas y maravillosas, y la naturaleza nos ofrece mucho de que aprender. Aquí nos limitamos a ciertos casos de conservación mediante un envase o embalaje adecuado y a la habitación para alojamiento u hospedaje y veremos CÓMO, CUÁNDO y POR QUÉ el supuesto rey desempeña un medianejo papel.

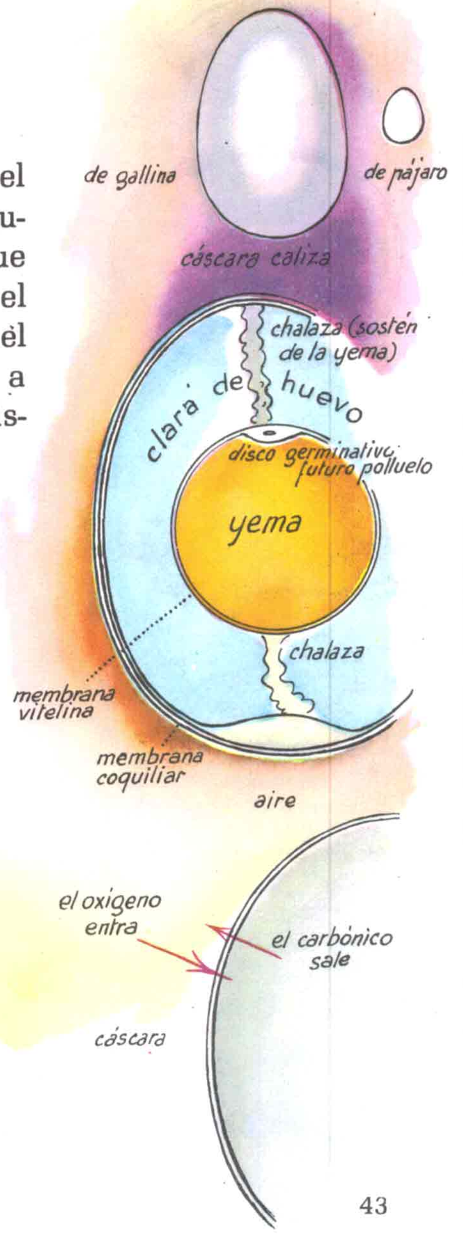


Los embalajes humanos son bien conocidos y, aunque mejoren, no cambian esencialmente. Cajas, toneles, sacos, bidones, etc., en diversas materias, rellenos con cuerpos que amortigüen los golpes y aíslen de la temperatura y la humedad. Desde tiempos colocan un papel: «Cuidado, frágil», para que el contenido no llegue roto a su destino.

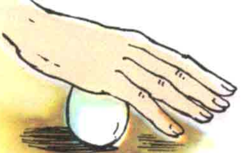


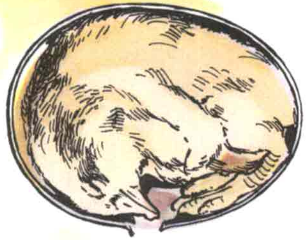
Un embalaje natural modelo es el huevo. Cajita de materia frágil pero dura, que guarda un líquido viscoso que será el polluelo, que debe respirar; el aire pasa de fuera a dentro y el anhídrido carbónico sale de dentro a fuera sin derrame. ¿Lo lograría el plástico u otro material humano?

El huevo, un embalaje o "envase" de la naturaleza

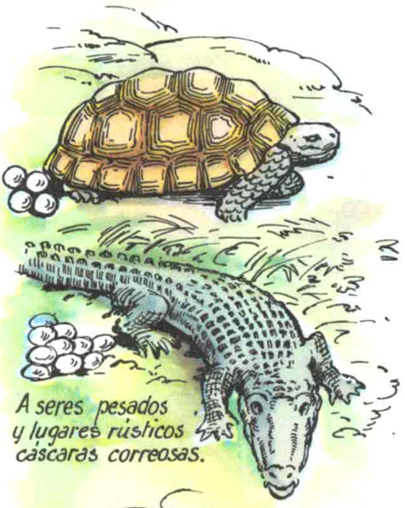


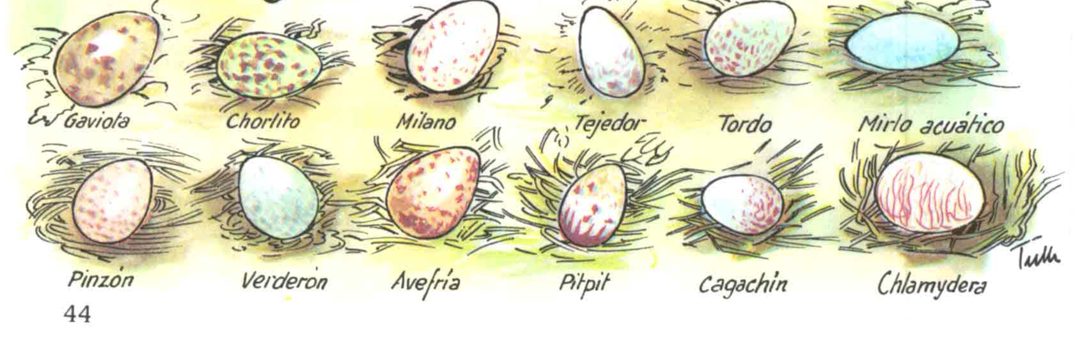
Envases del hombre para líquidos





Esta diminuta cajita resiste bastante la presión exterior. No obstante, la exigua fuerza del polluelo logrará romperla. Además de ser un modelo, la naturaleza lo decora con finos tintes, rayas y manchas que «hacen juego» con el lugar en que son depositados, haciéndoles invisibles a sus enemigos.





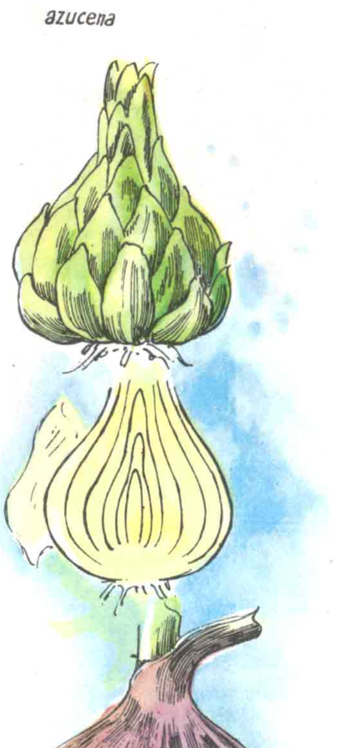
En las puntas y ramas de los árboles aparecen en otoño unos botoncitos que serán las ramas del año venidero. Pero viene el invierno con sus fríos, lluvias y nieves; mamá naturaleza los envuelve con unas escamas duras y provistas de unos pelitos que destilan resina. Así el agua y el frío no penetran, pero el interior permanece tierno. Al crecer se desprende el embalaje.

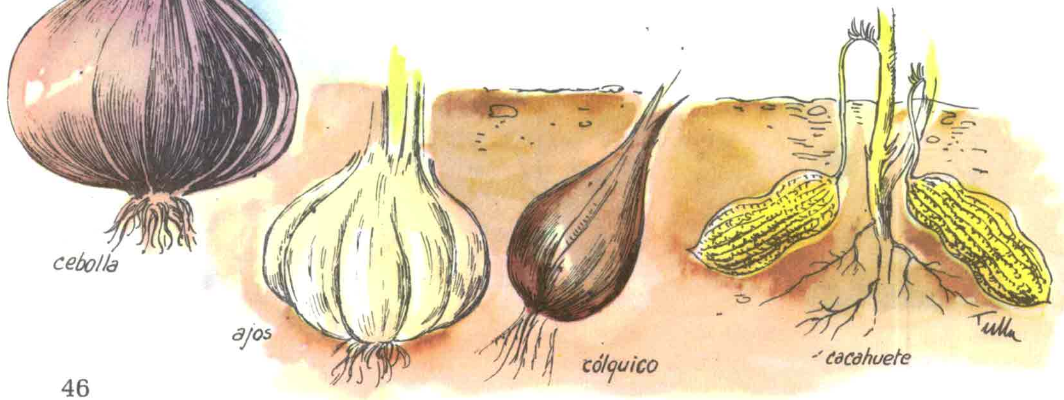
Los humanos protegen a sus retoños

La naturaleza "embala" los suyos:

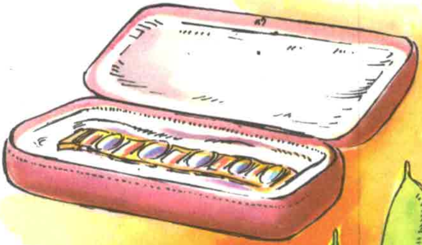
contra el frío — contra la humedad — al llegar el buen tiempo

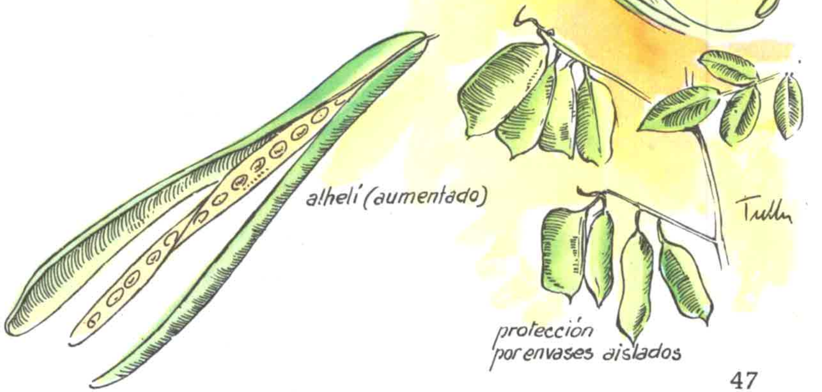
Las plantas que crecen bajo tierra, cebollas, ajos, narcisos, tulipanes, etc., están también protegidas por escamas que envuelven la futura planta y su comida, que es la cebolla, dividida en capas llamadas túnicas que son absorbidas sucesivamente. Como son de una pulpa húmeda, cada una está envuelta en una finísima piel, como si vistiesen impermeable.

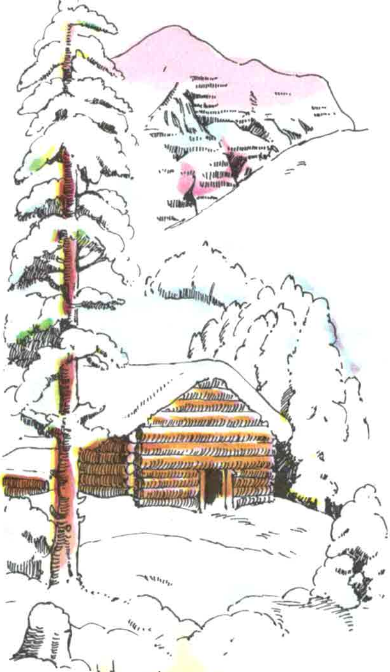




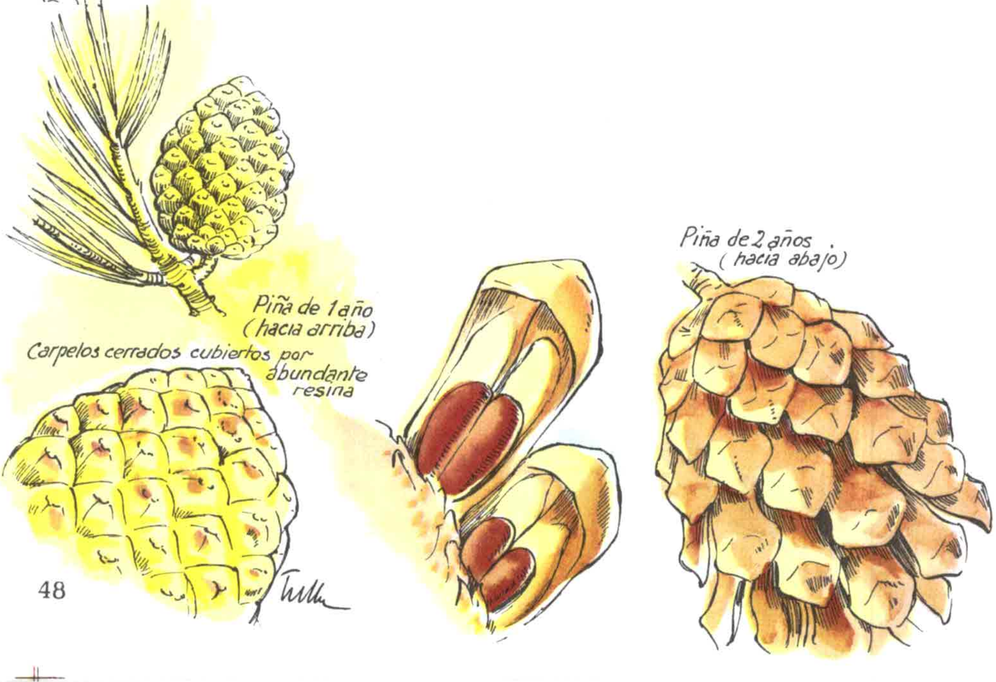
Incluso las más humildes obtienen trato amoroso. Cada una recibe un áspero estuche para que no agrade a los insectos, separado en compartimentos para que un grano no perjudique al vecino, y las tiernas habas descansan sobre un fino acolchado, algo así como los estuches de terciopelo en que las damas guardan sus joyas. Así muchas plantas.



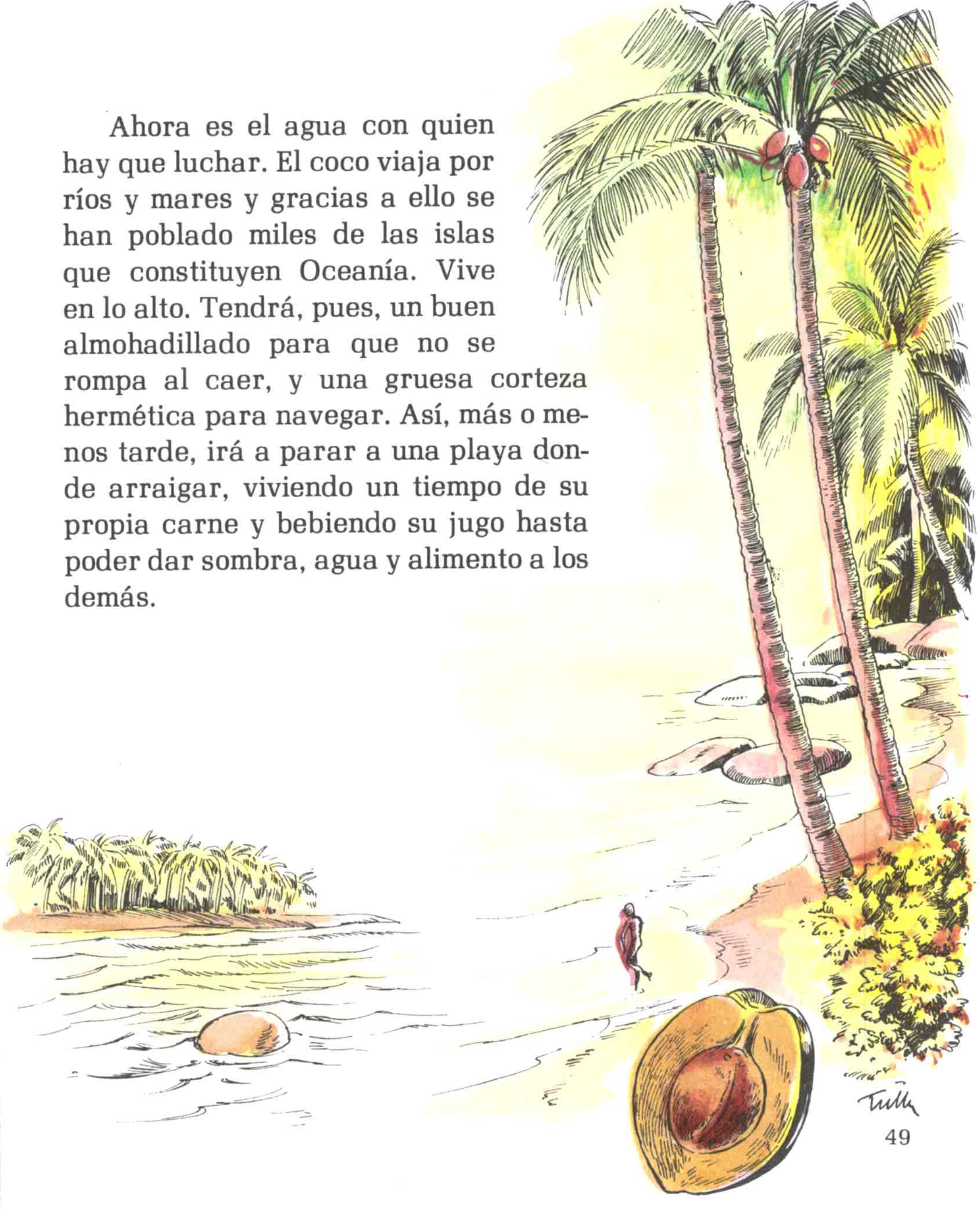




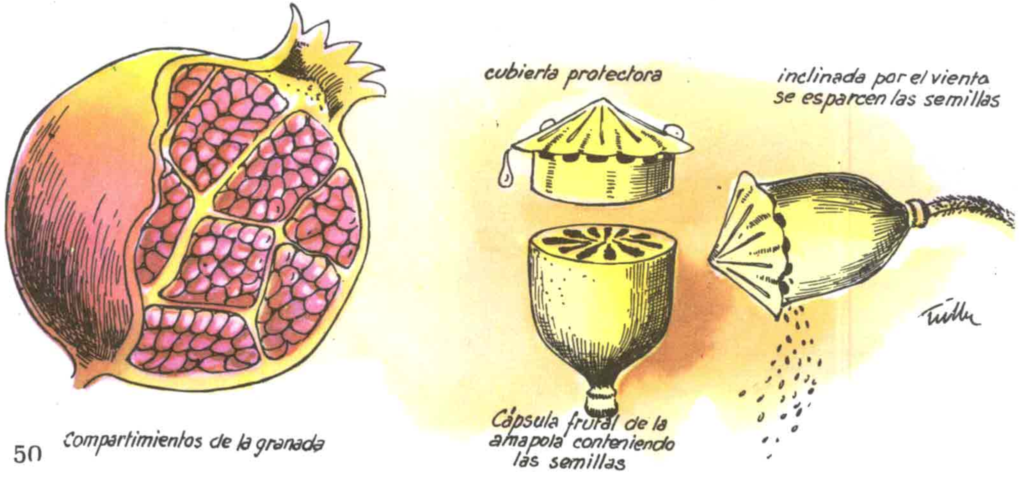
En climas fríos la naturaleza toma sus medidas como con el pino, abeto, etc. Los piñones son embalados bajo gruesas paredes que cubre abundante resina impermeable y quedan en lo más recóndito, pues deben pasar no uno sino dos inviernos. Al llegar el calor la piña se seca y abre e invierte para que caigan, pero si antes llueve, la piña se cierra. Un embalaje movible y con servicio meteorológico.



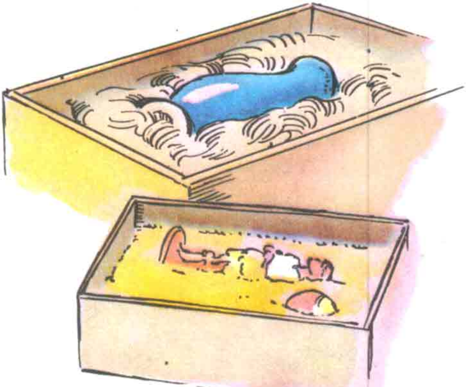
Ahora es el agua con quien hay que luchar. El coco viaja por ríos y mares y gracias a ello se han poblado miles de las islas que constituyen Oceanía. Vive en lo alto. Tendrá, pues, un buen almohadillado para que no se rompa al caer, y una gruesa corteza hermética para navegar. Así, más o menos tarde, irá a parar a una playa donde arraigar, viviendo un tiempo de su propia carne y bebiendo su jugo hasta poder dar sombra, agua y alimento a los demás.



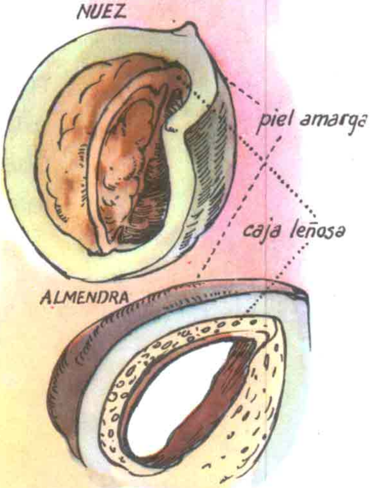
Cuando el hombre presume del invento de los compartimentos estancos para evitar incendios o naufragios, hay que pensar en que la granada ya existía en el Paraíso y que para evitar que los granos malos perjudicasen a sus vecinos, ya que están yuxtapuestos, se la dotó de unos tabiques aislantes con los que es posible que siempre se salve alguna agrupación.

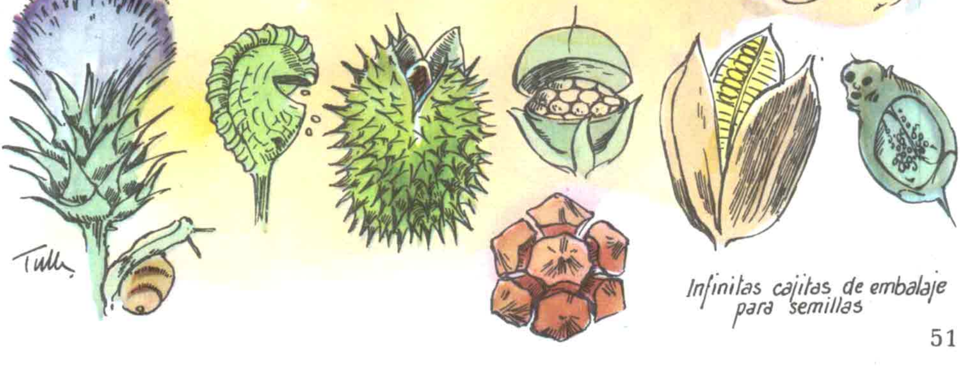


Compartimientos de la granada



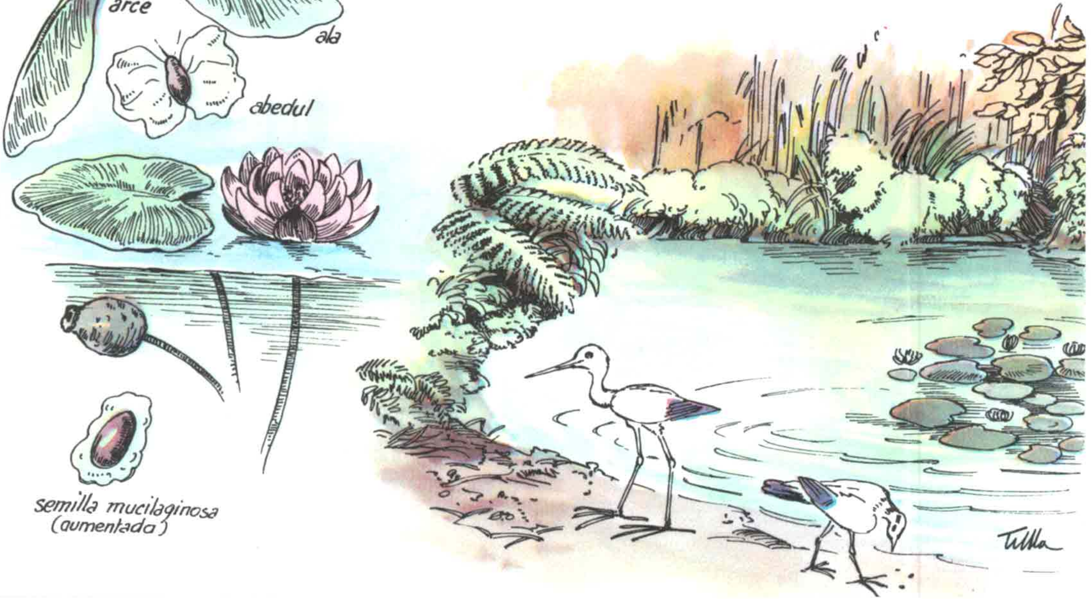
Si el hombre además de la caja pone papeles y virutas, la naturaleza aún escatima menos los medios y atiende mejor sus embalajes como en la almendra, la nuez, la castaña, etc. etc. Protección contra el frío, los insectos, los golpes, los roces con materias amargas, pegajosas, venenosas, duras, finas e impermeables.



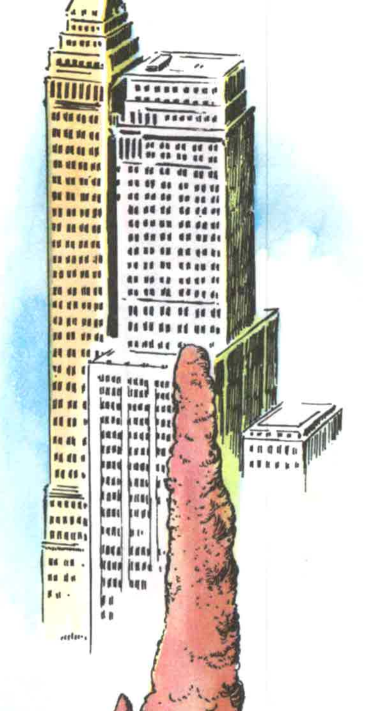


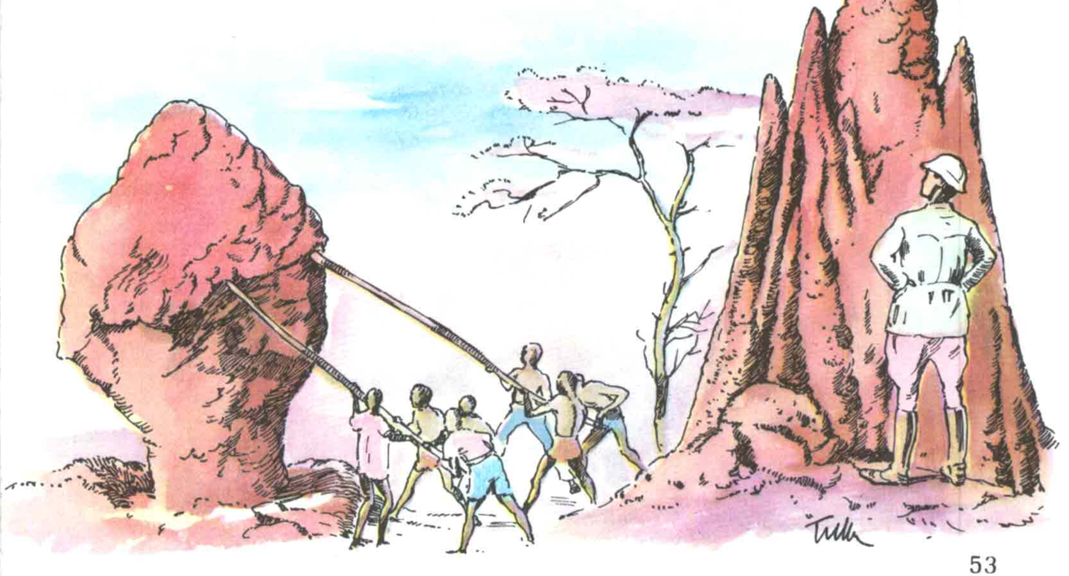
Infinitas cajitas de embalaje para semillas

Si se trata de la reproducción hay que atender al traslado. Después de bien embalado hay que dotar a las semillas de alas, autopropulsión y mil medios, o con el auxilio de los pájaros, como sucedería a los pobres nenúfares y nínfeas, lotos, etc., condenados a vivir en una charca, si su semilla pegajosa no se colgase de las plumas, patas o picos de las aves acuáticas.

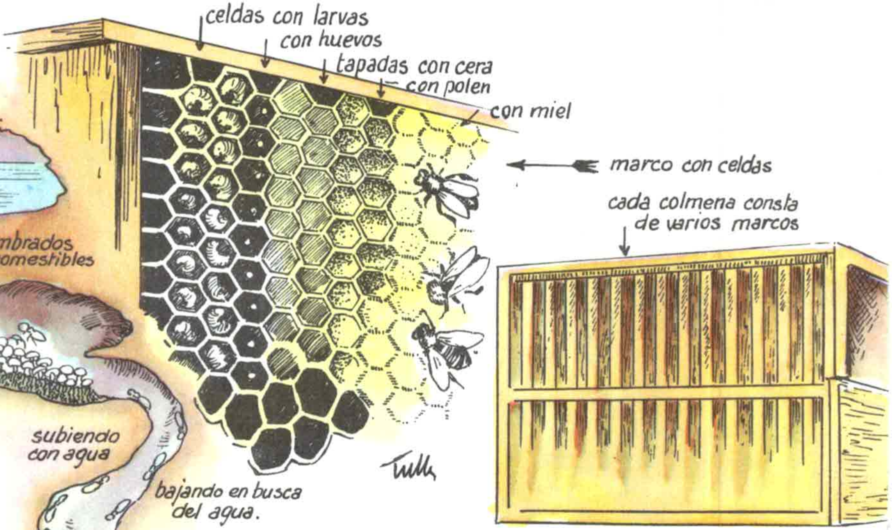


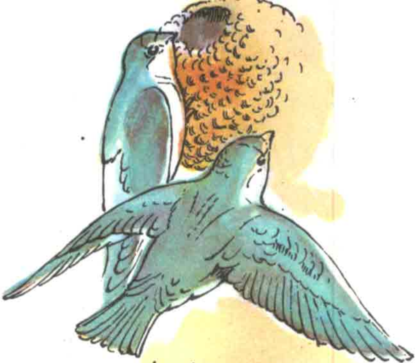
Pasemos a los hospedajes. Al orgullo de los rascacielos responden las termites con edificios en proporción tan altos como el Everest, de verdadero hormigón, pues el hombre ha adoptado el nombre para su cemento, con huertos interiores, donde cultivan pequeños hongos y magníficas salas de estar, poner, criar, y no digamos dormir porque son ciegas.





Sus sótanos son aún más maravillosos, pues siendo de países muy secos y necesitando el agua para su cemento y sus huertos, van a buscarla a profundidades increíbles. Para las casas baratas tenemos las laboriosas abejas, avispas, etc., con miles de habitaciones, pero con bastante más orden, respeto al vecino y al tránsito, que en las similares humanas.





La golondrina de las rocas (Petrochelidon albifrons) y sus nidos.

Los pájaros pobres, que tienen que emigrar como los humanos pobres, han resuelto desde miles de años el problema de la vivienda. A millares las construyen las golondrinas de las rocas con barro y saliva. Son buenos albañiles como las europeas y si la casa es modesta hay que pensar en que es sólo un hospedaje para el veraneo.

Golondrina europea (Hirundo ristica)

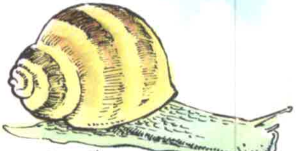
Salangana (collocalia esculenta)
y su nido comestible

Otra golondrina marina llamada salangana construye su nido a base de saliva y un alga marina. No es una casa lujosa, pero muchos se la disputan, especialmente los chinos, pues convenientemente limpia y hervida, con una salsa adecuada, resulta ser un plato de las mejores mesas, chinas, por supuesto.

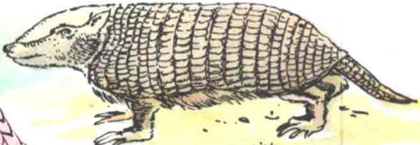
Si entre los hombres existen los que van con la hospedería casi a cuestas, como los beduinos nómadas, mongoles, gitanos, etc., son muchos los animales que la llevan consigo, pero incomparablemente más lujosa, segura y duradera. He aquí algunos, pero todos aventajan al hombre, pues sus casas crecen y refuerzan a medida que ellos se desarrollan. Los hay de tierra y mar.

Cañadilla

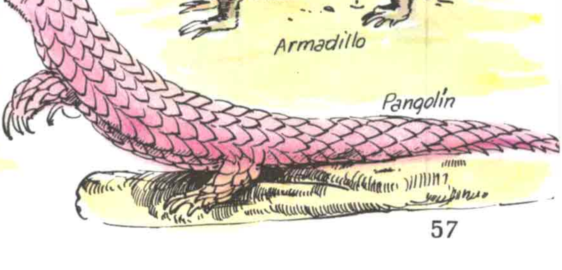
Caracola mayor



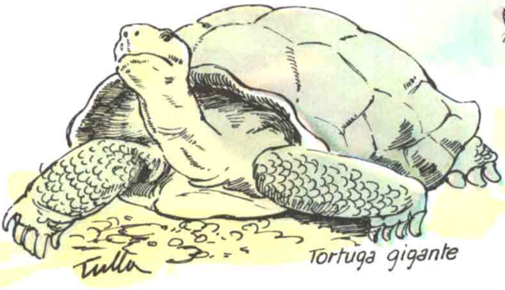
Caracol terrestre



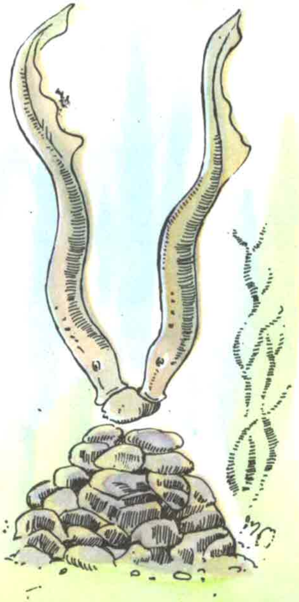
Armadillo



Pangolín



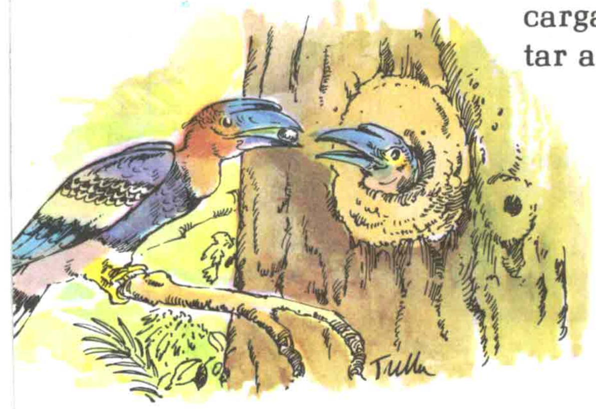
Tortuga gigante

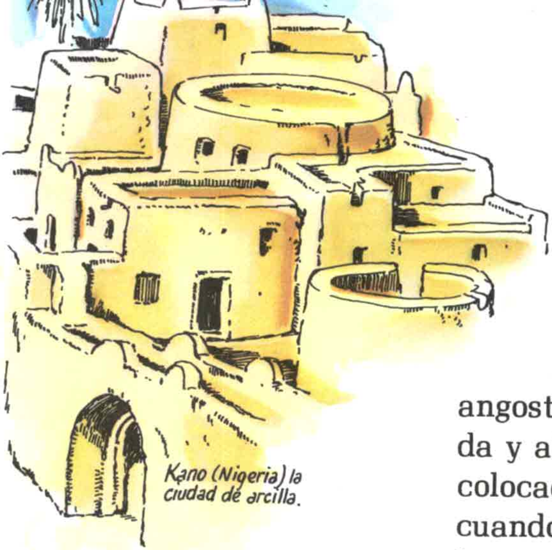


Los habitantes de las aguas son más despreocupados, pues en los mares y ríos existen muchos recovecos a propósito para vivir, y en cuanto a los hijos, como ponen miles de huevos, siempre se salva alguno. Sin embargo, hay nidos muy curiosos, como el de las lampreas, de piedrecitas. Una rana arborícola del Brasil construye un estanque aparte para sus niños y otra del Paraguay guarda los huevos en una papalina de hojas.

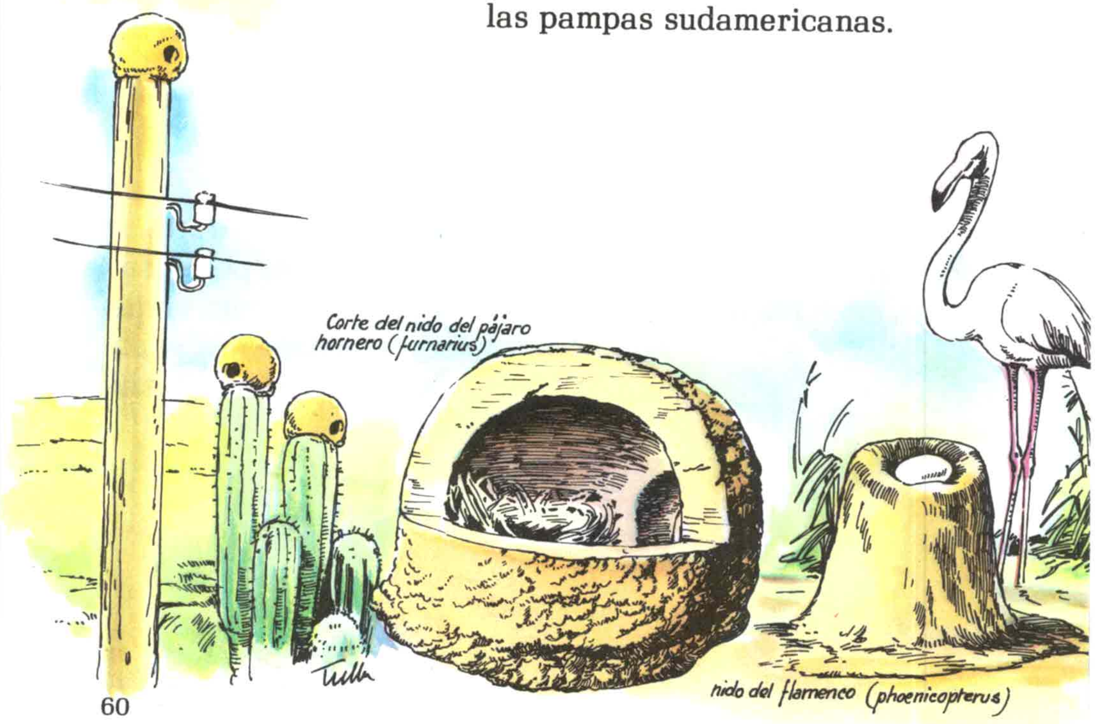
Espinocha (gasterostëus aculeatus) y su nido.

Las aves en general se preocupan menos por su morada que por la comodidad y seguridad de sus crías. Los huecos de los troncos o paredes sirven para el caso. Pero el picamaderos prefiere construírsela limpia y nuevecita perforando troncos muy duros. El dicocero es de los primeros, pero, muy previsor, encierra a su hembra con arcilla para que no se distraiga con sus vecinas, y él se encarga de ir al mercado y alimentar a la familia.





Este simpático pájaro, el hornero, construye su casa en barro, de recias paredes y parecida a un horno de cocer pan, con una entrada angosta y una cámara interior forrada y alfombrada para sus pequeños, colocado en alguna rama o poste, cuando los árboles escasean, como en las pampas sudamericanas.



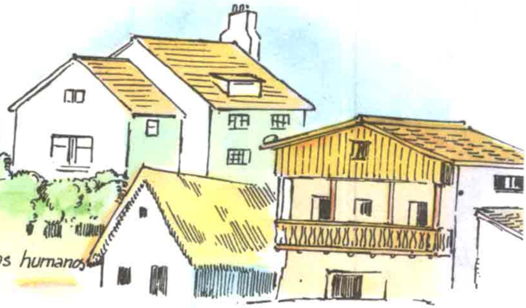
La familia de los tejedores recibe este nombre por su arte en construir casas que, como algunas del hombre, son casas de vecindad. Un gran techo común protege de rapaces y serpientes los numerosos nidos de la comunidad, de forma curiosa, colgados debajo. Las formas varían, así como los materiales, según los países en que radica.

Nidos bajo techo común

El tejedor amarillo

Algunos pequeños pajarillos realizan verdaderas filigranas para el alojamiento de sus pequeñuelos. El herrerillo, el paro de los pantanos, el garrapinos, los reyezuelos, con sólo su pico chiquitín y empleando hilitos, lanas, musgos y telarañas lindamente enlazados construyen un nido que el hombre con herramientas no lo haría mejor. Forran el exterior con líquenes y el interior con plumas de las que se han contado 2.000 en un solo nido.

Casitas de pájaros



Los nidos humanos

Pájaro sastre (Sutoria)

El «pájaro sastre» zurce los labios de dos hojas enhebradas con hilos vegetales. Rellena esta bolsa con plumón, borra de lana o algodón y el «paro de péndulo» le agrega un cuarto de juego para los niños, cuyas paredes parecen almohadillados con un fino fieltro.

Paro de péndulo (Remezia)

Nido de Curruca costurera

No faltan los enamorados del lujo y la decoración, que revisten sus nidos, compuestos de más de 2.000 ramitas y 1.000 briznas de pajas, con piedras y semillas de colores vivos y hasta florecillas que renuevan diariamente. Tales son el Chlamydera de Nueva Guinea y las oropéndolas australianas llamadas ptinolorinco. He aquí POR QUÉ, CÓMO Y CUÁNDO el rey tiene motivo para aprender de sus súbditos y admirar la mano ordenadora que prodiga estas maravillas.

Queridos niños: ¿No estáis asombrados de las cosas que saben hacer los pájaros? Pues, ¿qué me diríais si os dijera que los pájaros no saben hacer nada?

Cierto: «*Saber*», significa ciencia, y los pájaros, como todos los animales, no tienen entendimiento.

El entendimiento es una facultad del espíritu que solamente tenemos los hombres, pero no los animales.

Los hombres aprendemos estudiando, y comprendemos muchas cosas razonando, induciendo y comparando con otras para sacar conclusiones lógicas.

Los hombres aprendemos y copiamos de otros y así, a la sabiduría que nos transmite el siglo de la generación anterior añadimos nuestras experiencias y conclusiones, de manera que cada siglo que pasa sabemos hacer cosas más perfectas.

Los pájaros en cambio, lo mismo hacían sus nidos hace cinco mil años que ahora, y los harán lo mismo hasta el fin del mundo.

Los animales no estudian, no aprenden, no razonan. Se guían solamente por su instinto animal como autómatas que están programados para un trabajo concreto y no saben hacer otra cosa.

Si cogiéramos unos cuantos huevos de alguno de estos pájaros más curiosos que hacen los nidos más raros y difíciles, y metiéndolos en una incubadora criásemos los pájaros aislados de sus padres, sin que en toda su vida pudiesen tener contacto con otros pájaros de su especie, ¿pensais que no sabrían hacer el nido como todos los de su raza por no haber tenido nunca contacto con ellos? Pues lo harían exactamente lo mismo que sus padres y sus abuelos, aunque nunca los hubiesen visto.

Repito: ellos no aprenden; y cuando hacen el nido, trabajan como máquinas sin saber lo que hacen. ¿Cómo, pues, las hacen tan bien hechas que nos llenan de admiración como los trabajos de los más expertos artesanos?

Pues no nos admiremos, porque son las maravillas de Dios que es infinitamente sabio, e infinitamente poderoso, y es «*el que hace todas las cosas en todos*», incluso en los infinitos pormenores de la naturaleza.

¿Qué es la Naturaleza?

La Naturaleza no es más que el conjunto de cosas que existen en el universo. Al hablar de la Naturaleza, ordinariamente nos referimos a las propiedades de los seres sensitivos y vegetativos que nacen, crecen, se multiplican y mueren bajo la mano poderosa y control del Creador.

Muchos ateos, al no poder negar la existencia de Dios, cuyas huellas imborrables están visibles en toda la Naturaleza, le adjudican a ella la sabiduría y el poder que corresponden a Dios.

Dicen: «*ésas son cosas de la Naturaleza*», como si la Naturaleza fuese un alguien personal, con fuerzas y entendimiento para obrar independientemente por sí misma. No quieren creer que hay Dios, y confiesan que creen en una NATURALEZA escrita con mayúsculas que tiene todas las propiedades de Dios. Es para reirse; por no llamar a Dios por su nombre, le llaman Naturaleza, pero refiriéndose al mismo Ser. ¿Qué me importa a mí que le llaméis Dios o le llaméis Naturaleza si nos referimos al mismo Ser todopodero-

so? Los moros le llaman Jehová. Nosotros le llamamos Dios y no nos importa que haya quienes le llamen Naturaleza siempre que quede sentado que se trata de un Ser todopoderoso, creador de Cielos y Tierra, que algún día nos ha de pedir cuenta de nuestra conducta y nos dará un premio o un castigo eterno.

Epílogo

I

Si la ciencia moderna consiguiese inventar una nave espacial con la que los astronautas consiguiesen llegar a otros sistemas planetarios y aterrizar en algún planeta para averiguar si allí había vida inteligente, bastaría que al llevar viesen una casa, una carretera o un automóvil abandonado, para que sin ver a ningún ser vivo supiesen que allí habían estado.

Todos sabemos que una casa, un coche o una carretera, no se hacen solos; se necesita de una inteligencia que los planee y mucho trabajo bien ordenado para poder hacerlos.

Sin embargo, continuamente nos encontramos con muchas cosas, mucho más difíciles de hacer y construir que las casas, las carreteras y los automóviles; tan difíciles que superan la inteligencia y el poder de los hombres, y tan bien ordenadas y preparadas que los más sabios del mundo quedan asombrados ante tanta precisión y sabiduría. ¿Quién las hace?

Hoy día la ciencia ha conseguido grandes progresos; cosas que antes nos parecían casi imposibles, hoy resultan fáciles, como es en el terreno de la cirugía el asunto de los transplantes de órganos de unas personas a otras. No es difícil que las manos hábiles de un buen cirujano puedan coger un ojo

de un cadáver que acaba de morir e injertárselo a otra persona con resultados favorables. Es fácil cogerlo ya fabricado y colocarlo en su sitio con buenos resultados, pero ¿podrían los sabios construirse uno nuevo? ¡Imposible! (Ver la obra «A Dios por la Ciencia», capítulo XII).

La ciencia sabe con qué materiales están hechos todos los miembros de nuestro cuerpo, y no son otros que los que apuntamos en la página 39 de este libro, y esos materiales están a nuestro alcance; pero, ¿sería posible que los más grandes sabios del mundo fueran capaces de fabricarse el más simple de nuestros miembros ? No, no es posible; se necesita mucha más ciencia y capacidad.

Pues si los mayores sabios del mundo no son capaces de hacer el miembro más simple y fácil de nuestro cuerpo, ¿quién es el que nos ha hecho? ¿Sería el azar? Cualquier persona comprende, incluso los niños, que las cosas muy complicadas y perfectas no se hacen por el azar. Veamos el siguiente ejemplo.

Cuenta el P. Simón Jesús que cierto filósofo, con el objeto de hacer penetrar en el espíritu de su hijo, niño de cinco años, la idea de Dios Creador del Universo, de un modo acomodado a su edad, usó de este ingenioso procedimiento. En un rincón del jardín trazó en el suelo, sin comunicárselo a nadie, con grandes letras el nombre de su hijo. Después sembró berros en los surcos y aplanó la tierra.

Días después, dice el filósofo, el niño corrió hacia mí muy admirado y me dijo que había visto su nombre diseñado con letras de plantas en el jardín. Sonreí a estas palabras y fingí no dar importancia a lo que hablaba, pero el niño insistió y me llevó por la mano hasta su sensacional descubrimiento...

Sí, murmuré yo al llegar al lugar del fenómeno, así es, como dices; aquí está dibujado tu nombre, pero no te debes sorprender: es una mera casualidad.

—No, no, contestó con energía el niño; esto no puede ser casualidad: alguien lo ha hecho.

¿Véis como sólo un nombre, unas cuantas letras trazadas en el suelo, hasta un pequeño niño comprende que no puede ser producto del azar? ¡Y pensar que haya hombres mayores, que no están precisamente en el mani-

comio, que crean que la complicadísima máquina del organismo humano sea obra del azar!.

Pero yo no me sorprendo.

Para creer en Dios no se necesita ser muy inteligente y perspicaz, sino simplemente humilde y recto de corazón. Por eso Jesucristo bendecía al Padre diciendo: «*Gracias te doy, oh Padre, porque has encubierto estas verdades a los sabios e inteligentes del mundo, y las has revelado a los humildes y pequeñuelos*».

No, no son los grandes y orgullosos los que comprenden mejor estas verdades. Todos recibimos los **«talentos»** suficientes para reconocerle a través de sus obras; pero algunos negocian los **talentos** y Dios se los duplica en sabiduría, lógica y sentido común; mientras otros los entierran, no aprovechándose de ellos, y entonces Dios se los quita y los deja sin nada, como dice San Mateo en el capítulo 25, 15-30.

Conocida es la frase que se ha convertido en refugio de la incredulidad: «*Nadie ha visto a Dios*».

Veamos otro caso que cuenta el P. Jesús Simón:

«Un día sucedió este caso en una escuela en tiempos de la segunda República Española.

El maestro, ateo improvisado y de conveniencia, como tantos otros, se dirige al auditorio bullicioso de sus pequeños alumnos y les dice a carga cerrada:

Niños: "¿Hay alguno de vosotros que haya visto a Dios?"

Las criaturas, sorprendidas por tan inesperada balandra, callan confusas...

A lo que parece, ninguno de vosotros ha visto a Dios —responde el monterilla— Entonces, ¿por qué creeis en El? No debéis ser estúpidos... Eso de Dios no es más que una burda patraña inventada por los curas y frailes pa-

ra medrar a expensas de la ignorancia de las gentes... No tenéis que dejaros engañar por ellos».

¡Nadie ha visto a Dios!

¿Qué te parece, amado lector?

¡De cuán distinta manera han pensado los verdaderos sabios!

He visto a Dios de paso —dijo Linneo— *y he quedado sobrecogido de admiración y de asombro... He visto sus huellas en todas las obras de la creación y he visto en todas ellas, hasta en las más pequeñas y cercanas a la nada, una fuerza y una sabiduría que anonadan».*

El famoso Favre decía: «*Ahora ya no puedo decir que creo, le veo*».

Y Volta: «*He meditado y reflexionado mucho; ahora ya veo a Dios en todo*».

Jelineck: «*El hombre que no ha llegado al conocimiento de Dios es porque no ha alcanzado la madurez de espíritu*».

Y Gregorio Marañón: «*El hombre auténticamente sabio está siempre, quiéranlo o no, enfrentado con la divinidad. Huirla no conduce a otra cosa que a la superstición de la ciencia... Por más que se ensanchen los círculos del saber siempre se tropezará con una pared infranqueable que sólo tiene una respuesta: Dios*».

II

Argumentos para no creer

Los principales argumentos que ponen los ateos para no creer en Dios son tres:

1.° Si Dios es infinitamente bueno, ¿cómo es que existen en el mundo tantos niños y personas inocentes que sufren tanto y son tan desgraciadas?

2.° Si la religión Católica es la única verdadera y hay tantísimas personas en el mundo que por haber nacido en el seno de familias no creyentes o que creen en otras religiones viven ignorantes sin conocer la religión verdadera, ¿cómo es que no hace Dios algo para que todos conozcan la verdadera religión y se salven?

3.° Si es verdad que hay Dios y existe otra vida, ¿cómo es que no ha vuelto nadie del otro mundo para decirnos lo que hay allí y que todos crean y procuren salvarse?

Antes de contestar a estos argumentos, debemos decir quién es Dios y con qué fin ha creado al hombre, y así comprenderemos mejor muchas cosas.

Dios es el Ser supremo Creador de todas las cosas, que posee todas las perfecciones en grado sumo, infinito e ilimitado.

Dios es:

infinitamente *bueno,*
infinitamente *hermoso,*
infinitamente *sabio,*

infinitamente *poderoso*,
infinitamente *justo*, etc. etc.

¿Y quién es el hombre?

El hombre es una criatura criada por Dios para compartir con él su gloria y felicidad por toda la eternidad.

Pudo Dios hacer que los hombres hubiéramos nacido en el Cielo y fuéramos todos felices desde el primer momento; pero si lo hubiera hecho así seríamos igual de felices los buenos que los malos y eso sería una gran injusticia que no puede hacer Dios porque El es infinitamente justo.

Cuando Dios creó a los ángeles, antes de llevarlos al Cielo los puso algún tiempo a prueba para que se viera cuáles eran los buenos y cuáles los malos, y así los que fueron malos se convirtieron en demonios y los buenos fueron al Cielo.

Más tarde, quizá millones de años después, Dios creó al hombre en el Paraíso y le puso un solo mandamiento: «No comer de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal».

Lo que ocurrió ya lo sabemos: Adán y Eva desobedecieron a Dios y Dios los castigó arrojándolos fuera del Paraíso y condenándolos a tener que morir y sufrir muchos trabajos en su vida.

Pero Dios tuvo compasión del hombre y no lo castigó con el infierno; le dio ocasión para arrepentirse y le prometió un Redentor que satisfaría a la justicia divina por sus pecados.

«Donde abundó el delito, sobreabundó la misericordia de Dios» —dice la Biblia—; porque el Hijo de Dios se ofreció a redimirnos ofreciendo por nosotros su vida y muerte de Cruz.

Y en ese estado nos encontramos ahora.

Aunque con el pecado de Adán hemos perdido el nacer en el confortable Paraíso y nos vemos rodeados de tantos trabajos e incluso de la muerte, sa-

bemos que todo esto no es nada comparado con *«aquella Gloria venidera que para siempre se manifestará en nosotros»* y que *«todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios».*

Hechas estas primeras informaciones ya podemos contestar al primero de los argumentos. ¿Por qué sufren los inocentes?

1.° Todos nacemos en pecado (el pecado original) y si Jesucristo para redimirnos ha tenido que sufrir tanto, ¿será mucho pedirnos que nosotros también suframos algo?

Estamos en este mundo para ser probados y Dios prueba por medio de tribulaciones.

Sólo con los sufrimientos se puede demostrar el amor; el que no ama a Dios ni le importa ofenderlo no está dispuesto a hacer por El nada que le cueste algún trabajo.

En la medida que nos esforcemos por agradar a Dios recibiremos esa gloria y felicidad que nos tiene prometida para toda la eternidad. Recordemos que Dios es infinitamente justo y que por ello toda la gloria la da como premio a nuestro esfuerzo por guardar sus mandamientos. Y es por eso, por el amor que nos tiene y el deseo de hacernos muy felices para siempre, por lo que nos envía tantos trabajos a este mundo ; porque en la medida de nuestros sufrimientos llevados con amor por El será la gloria que vamos a tener para siempre jamás.

¿Que por qué sufren los niños inocentes?

—Quizá para probar la fe de sus mayores; o quizá porque Dios, que todo lo sabe y todo lo tiene presente, incluso el futuro, los castigue por anticipado de los pecados que más tarde van a cometer.

Recordemos que somos criaturas de Dios; Dios nos ha hecho y a El pertenecemos, y por ello puede disponer de nosotros como quiera sin faltar a la justicia. Si a un niño pequeño le hace sufrir un poco y después lo lleva a la gloria y lo colma de placeres por toda la eternidad, ¿nos atreveremos a pensar que no estuvo bien aquel pequeño sufrimiento que padeció en esta vida?

El niño, aunque sea inocente, nace sin la gracia de Dios, y para conseguirle la gracia, Jesucristo tuvo que padecer muchísimo en la cruz. ¿Por qué decís ahora que está mal que el niño sufra también algo?

Yo sé que «*Dios es amor*»: «*Sólo Dios es bueno*», nos dijo Jesucristo y yo lo creo aunque no comprenda muchas cosas de las que hace. Sé que sus motivos tendrá.

El segundo argumento de los ateos era:

Si la religión Católica es la única verdadera, ¿por qué no hace algo Dios para que lo sepan tantísimos millones de personas que nace, viven y mueren sin enterarse siquiera de que existe esta religión?

Empezaremos diciendo que para salvarse y conseguir ir a la gloria, que es el fin para el que hemos nacido, no es necesario siquiera saber que existe la religión Católica. Para salvarse solamente es imprescindible saber que existe Dios y estar dispuestos a hacer todo lo que entendemos que Dios quiere de nosotros: y esa gracia Dios se la concede a todos. La gracia de poder salvarse, Dios se la concede a todos.

Recordemos lo que se nos dice en el Catecismo de la Doctrina Cristiana con respecto al pecado: «*Pecado mortal es un decir, hacer, pensar o desear algo contra la voluntad de Dios en materia grave, y hacerlo con plena advertencia y pleno consentimiento*». Es decir, que para cometer un pecado mortal es preciso saber bien lo que se hace y hacerlo voluntariamente. De aquí resulta que si hay alguien que no sepa que existe Dios no puede ofenderle, porque mal puede saber que va a ofender al que no sabe que existe.

Siempre se nos ha dicho que el hombre es inocente hasta que llega al uso de la razón; es decir: hasta que pueda saber claramente lo que hace; de aquí resulta que si se diera el caso de que alguna persona nacida en la selva o en otros sitios donde no ha llegado la civilización cristiana, haya llegado a edad adulta sin enterarse que hay Dios, no podría pecar porque aunque tuviera treinta años no habría llegado al uso de la razón. Pero recordemos que todo lo que estamos diciendo es en el terreno de la hipótesis, porque en la realidad no se da el caso de que personas adultas no lleguen a *sospechar* siquiera de la existencia de Dios.

Y adviértase que he dicho deliberadamente la palabra «*sospechar*»; porque aquél que tiene sospechas o dudas sobre la existencia de Dios está obligado a hacer lo posible por aclararlas, y si él hace lo que está de su parte, las dudas desaparecerán.

Hay muchos, incluso en España, que son ateos porque no quieren creer; porque no les interesa creer. Saben que si creen en Dios y en la vida futura tendrán que cambiar por completo sus costumbres y su modo de vivir, y eso no les gusta nada. Por eso, para acallar su conciencia, viven de espaldas a Dios: no quieren oír hablar de Dios, tienen miedo de creer; pero esa ignorancia no les librará del infierno porque es una ignorancia culpable y deliberadamente maliciosa.

Esas personas no obran rectamente; no desean aclarar sus dudas sino simplemente olvidarlas para vivir tranquilamente con sus vicios y pecados. Pero a Dios no se le puede engañar: porque si no vieron claramente fue porque no quisieron y por eso serán juzgados con toda severidad.

Terminaré diciendo que los católicos tenemos por artículo de fe creer que «*Dios no manda cosas imposibles*» y que todos los hombres reciben las gracias precisas y necesarias para poder salvarse, si bien algunos las reciben en mayor abundancia.

El tercer agumento de los ateos era:

«Si es verdad que hay Dios y existe otra vida, ¿cómo es que no ha vuelto nadie del otro mundo para decirnos lo que hay allí y que todos crean y procuren salvarse?».

La respuesta a esta pregunta ya la dio Jesucristo hace 20 siglos cuando dijo la parábola del rico Epulón:

Epulón era un rico avaro que fue condenado al infierno por su falta de caridad con los pobres. Desde allí se le permitió hablar con el patriarca Abraham al que Epulón le pidió una gota de agua para refrigerar su terrible sed. Cuando Abraham le dijo que allí no podría entrar ningún consuelo y que sus tormentos serían eternos, Epulón se acordó de sus hermanos y le dijo a Abraham: ¿Podríais enviar a alguien de la tierra para que avise a mis hermanos de lo que pasa aquí para que no vengan también a parar a este lu-

gar? Y Abraham le contestó: Ya tienen a Moisés y a los Profetas que lo están diciendo. Y Epulón le dijo: a Moisés y a los Profetas no los creen, pero si fuera un muerto sería otra cosa. Y Abraham le volvió a decir: Si no creen a Moisés y a los Profetas tampoco creerán aunque los muertos resuciten».

Esta parábola la dijo Jesucristo y después en la realidad se demostró también: pues cuando se corrió la noticia de la resurrección de Lázaro, los judíos se reunieron a deliberar y se decían: «*Este hombre hace muchos milagros; si lo dejamos todos van a creer en El*» y deliberaron matarlo y matar también a Lázaro, para que no creyeran en El.

Véase el absurdo: Comprenden que es lógico que todos crean en aquél que hace tales milagros; pero ellos no creen y deciden matar de nuevo al resucitado para que no se vea el milagro y no crean en El. Esto indica que para creer no es preciso que vengan muertos del otro mundo a decirlo, pues aunque vinieran seguiría habiendo ateos.

Veamos otro ejemplo más moderno: esto sucedió en nuestros días y aún viven muchos de los testigos presenciales.

En el año 1917, la Santísima Virgen María vino a este mundo apareciéndose en Portugal para decirnos que existe el infierno y que son muchos los que van a él. La vieron tres niños en seis ocasiones, y como las autoridades los trataran salvajemente para que desmintieran lo dicho sin conseguirlo, los niños aterrorizados le pidieron a la Virgen que hiciera un milagro para que se viera que era verdad lo que decían y no los siguieran tratando con tanta crueldad. La Santísima Virgen accedió a la petición de los niños y les prometió que el día trece de octubre a mediodía haría un gran milagro que vería todo el mundo. Como la noticia se corrió rápida, aquel día, entre periodistas, curiosos y creyentes se reunieron en el lugar más de setenta mil personas, que vieron el gran milagro del sol, que presenciaron aterrados de miedo y emoción y son testigos que aún viven. El sol no salió en las cámaras de los periodistas; pero las multitudes aterradas de miedo mirando al sol aún se pueden ver en decenas de fotografías que aparecieron en los periódicos y aún se hallan archivadas para que los curiosos y escépticos las puedan ver. ¿Ves como sí ha venido alguien del otro mundo a decirlo? Lo que pasa es que muchos no quieren enterarse, pues si tuvieran interés en saberlo ahí están los testigos que pueden ratificarlo.